

CAPITULO LXXXIX.

D. Jaime II, el Justo, en Aragon.—Triunfos de las armas aragonesas y sicilianas.—Dificultades para la paz.—El pontífice Celestino V.—Bonifacio VIII.—El rey de Aragon renuncia el reino de Sicilia.—Su matrimonio con Blanca de Nápoles.

YA hemos indicado en el capítulo anterior, como se arreglaron las diferencias que por espacio de tanto tiempo habian traído divididos los ánimos entre castellanos y aragoneses.

Entrambos monarcas celebraron varias entrevistas en Soria y Montegudo, ratificándose finalmente el tratado de paz en Calatayud, celebrándose con grandes fiestas y regocijos.

Reteniendo Jaime II para sí la corona de Sicilia, contra lo dispuesto en el testamento de su hermano y especialmente contra lo acordado en Tarascon, lógico era presumir que dentro de un breve plazo habian de estallar serias turbulencias promovidas por el enojo de todos los que se hallaban comprendidos en aquel tratado.

La guerra encendióse de nuevo en Calabria y los aragoneses mandados por D. Blasco de Aragon y los sicilianos por Roger de Lauria, alcanzaron dos triunfos muy señalados, sobre los franceses.

A pesar de esto, el deseo de paz era tan general, tantos los males que habia traído para la cristiandad en general, aquella guerra larga, enérgica y tenaz, que todos estaban interesados en darle una solución, para cuyo objeto entabláronse negociaciones.

Mucho tiempo duraron las embajadas, y las entrevistas, ofreciendo grave dificultad para llegar al definitivo acuerdo, la devolucion de la Sicilia á la Iglesia y la renuncia de Carlos de Valois á la investidura del reino de Aragon.

Una de las razones mas poderosas que en aquellas circunstancias contribuian con las ya espuestas á la falta de acuerdo, era la prolongada vacante en que se hallaba la Silla Pontificia, puesto que desde la muerte de Nicolás IV ocurrida en 1292, permaneció dos años sin proveerse.

A la terminacion del mes de julio de 1294 cual si hubieran obedecido á una piadosa inspiracion los cardenales que en tan largo tiempo no habian sabido avenirse, sorprendieron á la cristiandad con una eleccion inmejorable.

Recayó esta en un anciano ermitaño que hacia una vida ejemplar en Tierra de Labor, y el cual tomó el nombre de Celestino V al ser consagrado en 29 de agosto de aquel mismo año.

Desde los primeros momentos consagróse por completo á realizar aquella paz tan suspirada, y para la cual se habian opuesto tantas dificultades.

Con este objeto, envió al rey de Aragon dos legados á fin de que unidos á los embajadores de Francia, vieran de llegar á un acuerdo definitivo.

Pero los inconvenientes con que hubo de tropezar tambien, aquella encarnizada lucha de pasiones y de enconadas animosidades, hicieronle comprender que era pesada carga para sus débiles hombros la que sobre sí tenia, y desconfiando de poder desempeñarla, renunció al pontificado en diciembre del mismo año, antes de los cuatro meses de haber sido consagrado.

Sucedióle el cardenal Cayetani, hábil, sagaz y activo, á quien conoce la historia bajo el nombre de Bonifacio VIII.

Su primer acto, una vez proclamado, fue recluir en estrecha prision á Celestino V, á fin de prevenir un cisma, si por acaso este llegaba á arrepentirse algun día de su abdicacion y trataba de recobrar su puesto.

Ocupóse inmediatamente Bonifacio de asegurar la paz, y como que todos hallábanse en las mejores disposiciones para ello, por mas que existieran algunas ligeras diferencias, consiguió que se reunieran los representantes de todos los soberanos en Anagni, ciudad de los Estados Pontificios y en la cual se encontraba el Pontífice y el rey de Nápoles.

Después de muchas conferencias y de serias discusiones, acordóse definitivamente la paz, debiendo citar entre sus condiciones mas notables, la del casamiento que D. Jaime II de Aragon habia de realizar, con Blanca, hija de Carlos II de Nápoles, dándole en dote cien mil marcos de plata.

Mas como que estaba concertado el matrimonio de D. Jaime con la infanta Isabel de Castilla, segun al ocuparnos de las cosas de este reino, dijimos, el Pontífice anuló, en razon al parentesco de los contrayentes, aquel matrimonio.

El rey de Aragon restituía á la Iglesia aquel reino de Sicilia tan disputado, tan valientemente defendido, y objeto de tanta envidia, dejando á salvo los derechos que existian respecto á Nápoles.

Igual estipulacion se hizo respecto á la Calabria.

A su vez el rey de Francia, renunciaba el reino de Aragon en poder de la Iglesia, á fin de que esta se lo restituyera á D. Jaime de la misma manera que le tuviera su padre el rey D. Pedro, antes que el Pontífice se lo diese al de Valois.

Este obtendria como indemnizacion el condado de Anjou, segun cesion hecha por el napolitano.

El Pontífice alzaria y revocaria las sentencias de excomunion que existian sobre D. Jaime de Aragon y D. Fadrique su hermano, devolviéndose inmediatamente todos los rehenes que tenia el aragonés.

El Papa quedaba encargado de tratar con el aragonés el modo y forma en que habia de hacerse la restitution al rey de Mallorca de todas las poblaciones que le tomara durante la guerra que por tanto tiempo se habia sostenido.

Tales eran las principales condiciones públicas del célebre tratado de Anagni celebrado en junio de 1293, y decimos las públicas, porque además habia dos artículos secretos por los cuales el rey de Aragon renunciaba á su derecho al reino de Sicilia á cambio de las islas de Córcega y Cerdeña, que el Pontífice le daba; ofreciendo igualmente el aragonés al rey de Francia cuarenta galeras armadas con su almirante y demás jefes, para que le ayudasen en la guerra que sostenia con el rey de Inglaterra y que se proseguia con gran furia.

Reunidas cortes en Barcelona al objeto de dar cuenta en ellas de aquella paz, provocó algun disgusto lo de los dos artículos secretos de que hemos hecho mencion; pero al fin fue aprobada.

La dificultad grave en esto, el asunto capital por decirlo así, era la sumision de Sicilia.

Para esto pudo el Pontífice conseguir celebrar una entrevista con D. Fadrique, entrevista á la cual acompañaron á este, Juan de Prócida y el célebre Roger de Lauria.

Fácil es comprender que no podria llegarse á una avenencia, estando de por medio tan opuestos intereses.

D. Fadrique se retiró del campo de Velletri y los enviados que mas tarde fueron en nombre del Papa á procurar reducir á los sicilianos, consiguieron únicamente escapar con vida de la popular indignacion.

Entonces envióse por el Pontífice un legado pontificio, que lo era el cardenal de San Clemente, el cual llegó á Cataluña acompañando á Carlos de Nápoles que con gran séquito escoltaba á la princesa D.^a Blanca, para que celebrase su matrimonio con don Jaime.

Los sicilianos á su vez, enviaron una embajada al rey de Aragon con el encargo de protestar contra un tratado tan indigno como vergonzoso.

En 1.^o de noviembre de 1293, celebráronse las bodas del rey de Aragon, en Villabertran y en estos momentos precisamente fue cuando escucharon los sicilianos de los labios del monarca la cesion que de la isla de Sicilia habia hecho en favor de su suegro, por el contrato indicado.

Ante semejante declaracion, los embajadores de Sicilia manifestaron ante toda la corte y en nombre del reino, que se consideraban legitimamente libres y absueltos «de cualquier juramento de homenaje y fidelidad que le hubiesen prestado, y que por el mismo hecho estaban en el caso de buscar y elegir rey y señor á su voluntad, segun les conviniese: protesta que, admitida por el rey, fue elevada á instrumento público. Uno de los embajadores, Cataldo Rullo, orador elocuente y fogoso, en un discurso vehemente y apasionado que dirigió á los que presentes se hallaban, les dijo entre otras cosas: *Muchas veces hemos sabido y oido hablar de vasallos que han desamparado á su señor: recordad vosotros, barones, si oisteis jamás que un rey haya dejado así á sus mas fieles vasallos en manos y poder de sus enemigos.* Al terminar aquella vigorosa arenga, que era una acusacion terrible contra el rey don Jaime, los embajadores rasgaron sus vestiduras en señal de dolor, y regresaron á Sicilia, desembarcando en Palermo vestidos de luto y con la tristeza pintada en sus rostros (1).» Produciendo su llegada un efecto extraordinario.

Inmediatamente que llegaron á Palermo los embajadores sicilianos y que hicieron presentes la terrible decepcion que habian sufrido, reunióse el Parlamento, quedando aclamado por rey de Sicilia D. Fadrique de Aragon, el día 13 de enero de 1296, en medio del mayor entusiasmo.

Un enviado del Pontífice procuró en vano llegar á un arreglo con los mesineses, ofreciéndoles en nombre de Su Santidad fueros y privilegios, con tal de que aprobaran y aceptasen el tratado de Anagni; pero el caballero Pedro de Ansalou salió á recibirle y desnudando la espada, le dijo:

«Con esto y no con papeles é instrumentos se procurarán la paz los sicilianos, y os rogamos, sino quereis perecer, que salgais cuanto antes de esta isla.»

Tal era la arrogancia con que el pequeño reino de Sicilia se atrevia á desafiar á grandes potencias, sin temor al resultado que pudiera tener.

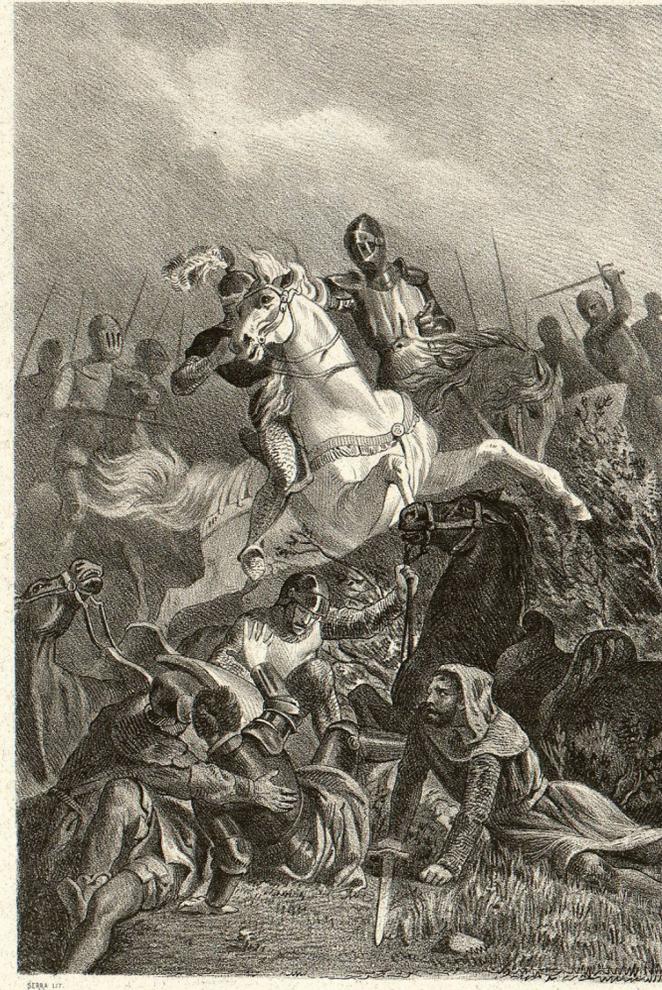
La eleccion de D. Fadrique fue anulada por el Pontífice, y D. Jaime, fue nombrado confalonier ó confalonero de la Iglesia (2) y generalísimo de todas las tropas que habian de emplearse contra Sicilia.

El rey D. Jaime de Aragon, á su vez, llamó á su lado y con objeto de quitar fuerzas á su hermano á todos los catalanes y aragoneses que se hallaban sirviendo en el reino de Sicilia.

Pero semejante llamamiento no tuvo el efecto apetecido.

Salvo muy raras escepciones todos aquellos nobles caballeros que ya en mas de una ocasion habian derramado su sangre en defensa de Sicilia, decidieron permanecer unidos á ella, siendo muy cortésimo el número de los que obedecieron la orden de D. Jaime.

(1) La Fuente, *Historia de España*, parte II, lib. III.
(2) Semejante denominacion se daba al que llevaba el estandarte ó la bandera de la iglesia *confalone*, en todas las expediciones ó empresas para las guerras santas.



PRISION DEL PRINCIPE DE TARENTO.

Miera Editor. Barcelona, Robador, 24 y 36.

CAPITULO XC.

Guerra entre los dos hermanos D. Jaime de Aragón y D. Fadrique de Sicilia.—Memorable sitio de Siracusa.—Combate naval del cabo Orlando.— El rey D. Jaime tiene que retirarse á Cataluña.— Termina la guerra sostenida por espacio de veinte años.—Estrañas condiciones con que se ajusta la paz.

El mismo D. Fadrique fue quien dió comienzo á la guerra iniciada á consecuencia de los sucesos narrados en el anterior capítulo, tomando por fuerza de armas á Squilache, Catanzaro y algunas otras poblaciones que todas ellas pertenecian á los dominios del rey de Nápoles.

Después de estos sucesos sufrió una gran pérdida el rey de Sicilia con la separación de Roger de Lauria y de Juan de Prócida á consecuencia de algunos desacuerdos que entre ellos mediaron.

Después de haber sostenido tan esforzadamente la causa siciliana, abandonaron al rey por ellos mismos elegido, pasándose al servicio de la Iglesia y del rey de Aragón.

Este marchó á Roma donde se hallaba la reina D.^a Constanza con la infanta D.^a Violante y allí quedó concertado el casamiento de esta con Roberto duque de Calabria, hijo de Carlos II de Nápoles.

En este mismo año de 1297 y con el motivo indicado, á tenor de la estipulación secreta del tratado de Anagni, el papa Bonifacio dió al rey de Aragón la investidura de las islas de Córcega y Cerdeña como feudo de la Iglesia, debiendo entregar á esta dos mil marcos de plata, cien hombres de armas y quinientos infantes.

En agosto de 1298 después de haber devuelto las Baleares á su tío D. Jaime de Mallorca, según el acuerdo consignado en la paz de Anagni, presentóse el rey de Aragón en las costas de Italia al frente de una escuadra de ochenta galeras.

Desembarcó en Ostia, marchó á Roma, recibió de manos del Pontífice el estandarte de la Iglesia y después de haber celebrado una entrevista con el rey Carlos de Nápoles, marchó, llevando á su lado á Roger de Lauria y teniendo á sus órdenes una flota en la que iban provenzales, franceses é italianos, á fin de combatir con ellos á su propio hermano.

Cuanto mas se reflexiona acerca del objeto de aquella guerra á mas estrañas consideraciones se presta ver al rey de Aragón al frente de soldados extranjeros, ir como dice un historiador moderno á privar á su propio hermano de aquel mismo reino de Sicilia que obtuvo de su padre, que gobernó él y en que los sicilianos se empeñaban en sostener á D. Fadrique.

Varias poblaciones de la Calabria cayeron en poder del rey de Aragón, el cual alentado por estos primeros triunfos, dirigióse á sitiar la importante plaza de Siracusa.

Parecía que ante tan formidables fuerzas debiera haberse abatido el ánimo de los sicilianos, mas por el contrario, redoblaron su entusiasmo y varias pequeñas victorias obtenidas en algunos encuentros que con los aliados tuvieron, contribuyeron á infundirles mayores ánimos.

Los mesineses consiguieron apresar una pequeña escuadra compuesta de diez y seis buques mandada por Juan de Lauria, pariente del famoso almirante, y mientras tanto Siracusa defendida valerosamente por el caballero D. Juan de Claramonte sosteniéndose por espacio de cuatro meses consiguió que el ejército enemigo tuviese una baja de diez y ocho mil hombres, que obligó al rey de Aragón á levantar el cerco, á retirarse á Nápoles y á regresar finalmente á Cataluña con gran mengua y desdoro en el año de 1299.

Juan de Lauria y Jaime de la Rosa, cogido también con él, condenados á muerte por los sicilianos, fueron decapitados en Mesina.

Con la marcha del rey de Aragón á Cataluña, no se dió por terminada la guerra de Sicilia.

D. Jaime de Aragón había formado empeño en devolver á la Iglesia aquel reino y en su consecuencia reunida una nueva flota aportó con ella al cabo de Orlando.

Roger de Lauria iba también á su lado.

El hermano de D. Jaime que tuvo tiempo de apoderarse otra vez de las plazas que este le tomara, á consecuencia de su retirada á Cataluña, no dudó en salir al encuentro de la armada aragonesa.

El intrépido Lauria ordenó que amarrasen fuertemente las galeras unas con otras, mirando todas ellas con la proa hácia el mar y de este modo formó una fortaleza marítima.

La flota que mandaba D. Fadrique se dividió en dos alas, quedando él en medio con la capitana.

Una lucha terrible iba á trabarse entre ambos combatientes.

Viendo el de Lauria la disposición en que se habían puesto los buques de la escuadra de D. Fadrique, mandó destrabar los suyos, y los puso en el mismo orden que los de aquel, colocando igualmente en medio la capitana en que iba el rey de Aragón, el duque de Calabria y los príncipes de Tarento sus cuñados.

No tardó mucho tiempo en comenzar el combate.

Este fue corto, pero sobradamente sangriento.

Peleábase por ambas partes con un arrojo y decision indescribibles.

El rey de Aragón que desde los primeros momentos de la pelea había subido á la cubierta de la nave, fue herido en el pié por un dardo.

Pero para no desalentar á los suyos, continuó peleando animosamente.

Terribles momentos fueron los en que D. Fadrique vió derrotadas algunas de sus galeras.

La cólera y el dolor le ahogaban y llamó desesperadamente á

D. Blasco de Alagon para que muriese con él peleando, pues era preferible la muerte á ver el triunfo de sus enemigos.

Juntos volaron al punto del mayor peligro, y tanto el cansancio de la obstinada pelea, como el calor y el coraje que sentia afectaron á D. Fadrique, en términos que hubo de caer desmayado.

D. Hugo de Ampurias consiguió sacar ilesa del combate la galera en que iba D. Fadrique, así como algunas otras, pero la mayoría quedó en poder del rey de Aragón.

Entre los hechos memorables de esta batalla refiérese el de un caballero aragonés al servicio de D. Fadrique, que al ver que se separaba del combate la galera del rey, exclamó:

—No quiera Dios que yo le vea huir con ignominia y salir tan afrentosamente de la batalla, cosa que nunca ha hecho.

Y quitándose la celada comenzó á dar con la cabeza tales golpes en el árbol del buque que murió al inmediato día (1).

D. Fadrique, con los pocos buques que pudo salvar, retiróse á Mesina sin ser perseguido por su hermano, que, acosado quizás por los remordimientos que le produjera el fratricida combate que había sostenido, prestando graves negocios en su reino, recogió en Nápoles á la reina D.^a Constanza su madre, y á D.^a Blanca su esposa y se dirigió hácia Cataluña.

No quedó muy bien parado el rey de Aragón con esta marcha, puesto que los sicilianos le aborrecian y los franceses murmuraron de él, creyendo que les hacia traicion.

En distinto caso se hallaba D. Fadrique. El afecto que le profesaban sus súbditos rayaba en delirio.

Sin abatirse por el revés sufrido, súbditos y monarca ocupáronse solamente en prepararse para la prosecucion de la guerra y para la defensa de su territorio.

El almirante Roger y el duque de Calabria habíanles tomado algunas poblaciones.

Catania entregóse á los aliados por traicion de su gobernador.

El príncipe de Tarento llegó á Trápani con un poderoso ejército y una no menos fuerte escuadra, y contra este fue contra quien primeramente se dirigió D. Fadrique.

En el campo de Falconara empeñóse el combate.

Portóse en él de tal manera, el monarca, que á costa de recibir dos heridas, consiguió derrotar á su contrario.

Martin Perez de Oros que peleaba en su hueste, dotado de una fuerza hercúlea, dirigióse hácia el príncipe de Tarento en ademán de acometerle.

Este hirió en el rostro al caballero; pero Martin Perez dióle un golpe con su maza, y cogiéndole entre sus robustos brazos, arrancóle de la silla dando con él en tierra.

El príncipe quedó prisionero de los sicilianos, y este triunfo obtenido el primero de diciembre de 1299, produjo un cambio muy notable en favor de D. Fadrique.

El pontífice que, como es fácil de comprender no había podido llevar á bien la marcha del rey de Aragón, requirióle para que ordenara de nuevo á los caballeros catalanes y aragoneses que había en Sicilia, que abandonaran la causa de D. Fadrique, y que preparase nuevas fuerzas para ir á combatirle.

Excusóse D. Jaime con los negocios de su reino que reclamaban su atención, añadiendo que bastante había hecho ya, y que culpa era del rey de Nápoles, de sus hijos y del almirante Roger de Lauria el no haber completado la sumisión de la isla.

Faltos del apoyo del aragonés los príncipes de la casa de Francia, la guerra se hizo sin gran entusiasmo.

Hubo varios combates parciales, ganados por los sicilianos unos y por los franceses, otros, sin poder dar un resultado definitivo.

D. Blasco de Alagon venció á los franceses cerca de Gagliano; Roger de Lauria se apoderó junto á Ponza de veinte y ocho galeras sicilianas; el duque de Calabria tuvo que alzar el cerco de Mesina merced al socorro prestado por el aventurero Roger de Flor, caballero templario que había sido, y de cuyas hazañas nos ocuparemos en el próximo capítulo.

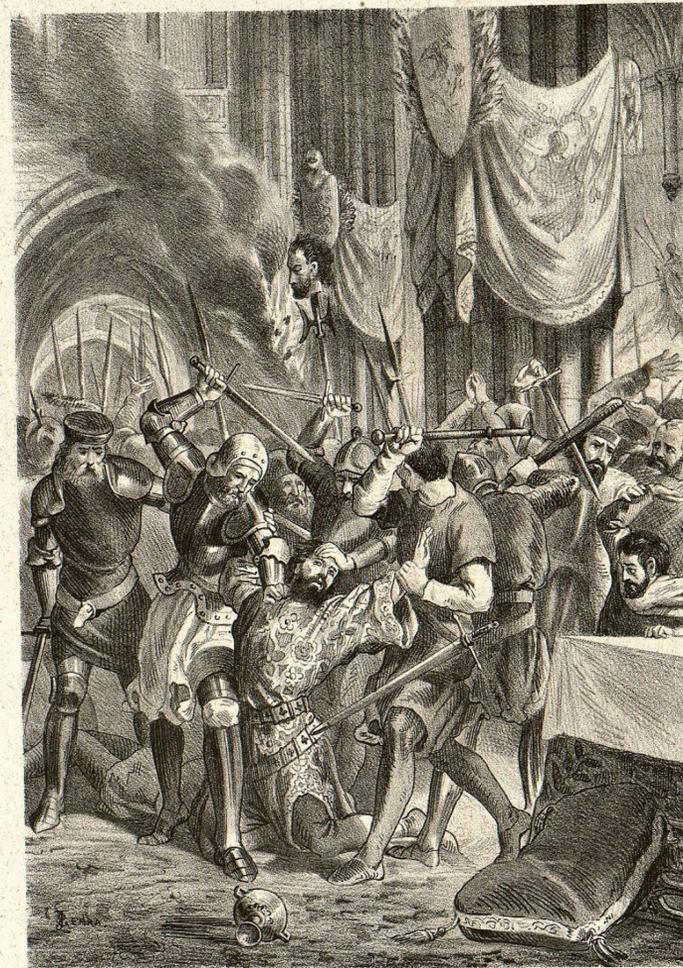
El conde de Valois, hermano del rey de Francia, tomó á su cargo la empresa de reducir á Sicilia, para lo cual se puso al frente de un ejército costeado por el pontífice, pero esta expedición fue indudablemente la mas desdichada de todas.

Declaróse la epidemia en ella y de cuatro mil hombres de armas con que contaba, apenas le quedaron quinientos.

A consecuencia de este desastre, y en la convicción de que los sicilianos no se doblegarían jamás, concertóse la paz bajo las bases de que D. Fadrique continuaria como rey de Sicilia sin reconocer feudo ni servicio personal ni real, enlazándose con Leonor hija del rey Carlos de Nápoles.

Se verificaría el cange de los prisioneros de ambas partes, obteniendo su libertad el príncipe de Tarento, devolviéndose recíprocamente las villas y castillos que se hubiesen tomado, que el rey Carlos hubiera de negociar con el papa, que diese á D. Fadrique y á sus herederos la conquista y derecho de Cerdeña ó de Chipre, y si esto no podía ser en el término de tres años, él y sus hijos después de su muerte, retendrían toda la Sicilia.

(1) Zurita. Anal. Lib. X, cap 38.



MUERTE DE ROGER DE FLOR.